

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103 y 104.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 14 de ocho entregas.

L47
2230

EL MANUSCRITO

UNA MADRE.

FINISHED BY THE AUTHOR

ILUSTRADA POR CARLOS TIRADO DE ALTA DE BARRADA

D. RUSSELL FLETCHER

Chicago 37 de 100 100 100 100 100

MADRID

1887

Quedando 14 de ocho entregas

—Pero, ¿á dónde diantre nos lleva ese bárbaro?

Y cómo hizo el ademan de asomarse á la ventanilla, sin duda para hablar con el cochero, el agente de policía sacó un puñal del bolsillo del pecho de la levita y dijo:

—El cochero va á donde debe ir y yo ruego á usted, querido doctor, que no intente detenerle, porque será en vano.

Samuel comprendió que le habian tendido una emboscada, y creciendo su espíritu ante el peligro como crece el valor del hombre fuerte ante la adversidad, dijo con estóica calma:

—Bien, iremos á donde usted quiera, puesto que la lucha es desigual.

—Es usted un hombre venerable y de talento, pues ha comprendido que estoy resuelto á todo y procura evitarme que cometa una infamia asesinando á un hombre indefenso.

Samuel sacó una petaca del bolsillo y de ella dos cigarrillos de papel.

—¿Usted fuma?—preguntó al agente de policía.

—Sí, señor.

La serenidad es siempre causa de admiracion entre los hombres, y no pocas veces ha salvado de grandes riesgos á los que la poseen.

Samuel, por naturaleza, por temperamento, era sereno; ya le hemos visto en otra ocasion despreciar la vida sin tomarse el trabajo de defenderla. Comprendió que habia cometido una imprudencia y adivinó al instante de dónde venia el golpe.

Irremisiblemente estaba perdido.

—¿Va á ser muy largo el viaje?—preguntó el doctor despues de encender el cigarro con la misma naturalidad que si se tratara de una conversacion entre dos amigos.

—Muy corto,—contestó el agente.

Y como Rodriguez conservaba aun el puñal en la mano, el doctor añadió:

—Si no tiene usted el encargo de matarme por el camino, puede guardar esa arma, pues no haré nada para escaparme.

—Seria inútil.

—Ya lo he comprendido así, y por cierto que hace bien mi enemigo en tratarme de este modo, porque es tan infame que el dia que yo pueda, le pagaré con la misma moneda, y siguiendo la ley de Moisés, le exigiré ojo por ojo, diente por diente.

Rodriguez no entendia ni una palabra de todo lo que le decia el médico, pero al verle tan sereno, al contemplar sus venerables canas y su noble frente, hubiera jurado que aquel anciano, mas que un criminal, era una víctima que se trataba de sacrificar.

Pero, esclavo de las órdenes que recibia, estaba dispuesto á cumplirlas, aunque le repugnaran.

—Ya comprenderá usted, caballero,—añadió Rodriguez,—que en estos casos no es prudente que los hombres que se hallan en la situacion de usted vean á dónde se les conduce.

—¡Ah! Vamos, ¿quiere usted vendarme los ojos? Es natural. Voy á ahorrarle ese trabajo.

Samuel sacó un pañuelo de seda del bolsillo de la levita y lo dobló con calma, se lo colocó sobre los ojos y dijo:

—Tenga usted la bondad de atarlo.

Rodriguez iba de sorpresa en sorpresa. Ató el pañuelo fuertemente, y persuadido de que nada podía ver, continuó fumando.

—Lástima que todas las infamias que se cometen conmigo,—añadió Samuel,—sean infructuosas. Porque nada importa que yo muera. Eso no impedirá que se haga justicia y se arranque la careta al miserable que desea esterminarme.

Rodriguez procuró retener en la memoria todas las palabras que pronunciaba Samuel, para referírselas luego á su jefe.

Este diálogo tenia de vez en cuando sus cortas pausas.

—Una de las cosas que me han extrañado,—repuso Samuel,—es no reconocerle á usted en la voz, aunque me inclino á creer que no es usted el mismo que vino á visitarme al pueblo.

—Esta es la primera vez que he tenido el gusto de ver á usted,—contestó Rodriguez, á quien comenzaba á disgustarle la tranquilidad de espíritu del anciano.

—¿No estaba usted en Horche?

—No, señor.

—Tanto peor para mi enemigo, pues el que busca muchos cómplices para cometer un crimen, corre peligro de que alguno le venda, y por otra parte, ha sido

una lástima grande que erraran la primera vez el golpe; entonces todo hubiera ido bien; pero tuvieron prisa y miedo, y por eso, no solo no pudieron acabar conmigo, sino que se dejaron sobre mi mesa un documento de la mayor importancia, documento que tuvo su origen en Humanes el día 16 de Setiembre de 185...

Y haciendo un movimiento de hombros, como para demostrar lo indiferente que le era la vida, añadió:

—Yo podré morir, pero el documento vive, está en buenas manos y me vengará.

Rodriguez escuchaba con interés y hasta con respeto las reposadas palabras de aquel anciano, cuyo estoicismo era admirable, atendidas las graves circunstancias en que se hallaba.

Aunque el agente de policía estaba acostumbrado á oír con indiferencia las quejas y lamentaciones, las bravatas y juramentos de los que con justicia ó sin ella caían en su poder y por él eran conducidos á la cárcel, no le sucedió así con el anciano que conducía á la *Casa Blanca*.

Tal vez por la primera vez en su vida tuvo intenciones de desobedecer las órdenes de su jefe y dejar en libertad al preso, pero esta idea fué solo un relámpago que cruzó por su mente.

El coche llegó sin tropiezo hasta el primer molino, siguiendo siempre por la falda de los cerros, pero allí el camino comienza á ser infernal, y á cada paso amenazaban romperse las ballestas del carruaje.

—Mal camino es el que llevamos para coche,—dijo Samuel.

—Sí, no es muy bueno,—contestó Rodríguez.

—Si se prolonga mucho, dudo que pueda resistir el carruaje.

Rodríguez nada contestó: la serenidad del doctor le tenía preocupado.

—Yo creo que todo esto se lo hubiera podido ahorrar mi poderoso enemigo,—repuso Samuel.—Para matar á un hombre que ni quiere ni puede defenderse, porque es débil y está desarmado, no se necesita hacerle viajar en coche por un camino de cabras, por las orillas de un pantano, porque el ambiente húmedo y desagradable que aspiro me indica que hay charcos de agua corrompida cerca de este sitio.

Y como el agente guardara silencio, el doctor volvió á decir:

—Regularmente, todos los asesinos son cobardes, y como les da miedo el arma que esgrimen, dan el golpe en falso; esto es una ventaja para los hombres de bien. Recuerdo que hace muchos años me llamaron una noche para curar á un hombre á quien habian atacado tres para matarle. ¡Tres contra uno, y desarmado! La hazaña no podia ser mas gloriosa. El infeliz tenia en su cuerpo veintinueve puñaladas. Es decir, veintinueve veces se habian levantado los brazos para matarle, pero aquellos brazos temblaban, porque los dirigian corazones cobardes, y solo causaron heridas leves, que yo curé en pocos dias, y sin embargo, para matar á un hombre basta con una incision de una pulgada de profundidad. El miedo ciego, aturde, no sirve para nada.

Aquel hombre era admirable. Rodriguez no hubiera tenido valor para hacerle daño, y deseaba hacer la entrega de él cuanto antes para verse libre del respeto enojoso que comenzaba á inspirarle.

—Cometer una mala accion es siempre desagradable á la generalidad de los hombres,—añadió Samuel.—Lo que no puede hacerse á la luz del dia y con la frente levantada delante del mundo, es villano é infame. Aquí nos encontramos dos hombres, uno que es la víctima, otro el verdugo, y, cosa rara, la víctima habla y está tranquila, el verdugo calla y tiembla. Esto es una prueba evidente de que dentro de nosotros existe ese juez inexorable que se llama conciencia, esa plancha de plomo que oprime el corazon de los malvados, que se conoce con el nombre de remordimiento.

Y respirando como para tomar aliento, añadió:

—Yo no sé lo que usted va á hacer conmigo, pero lo que no me cabe duda es que su corazon no está tan tranquilo como el mio. Le oigo latir de un modo que no es ni sano ni natural, pues si siempre latiera del mismo modo, acabaria por contraer una enfermedad que se llama hipertrofia, es decir, dilatacion mortal de ese importante órgano de la vida.

Rodriguez tuvo miedo de que se cumpliera el pronóstico del médico, porque le latia el corazon hasta el punto de hacerle daño.

Samuel habia comprendido el efecto que sus palabras causaban al hombre que, burlando su buena fé, le conducia preso, y tal vez en el fondo de su alma abri-

gaba la esperanza de levantar en su pecho el arrepentimiento y que le devolviera la libertad.

Pero Rodriguez, esclavo de su deber, guardaba silencio, disimulando el mal efecto que la serenidad y la conversacion del doctor le causaban.

Por fin, después de una hora de marcha, el carruaje entró en un terreno mas igual, mas fuerte, donde no habia baches, pero Samuel conoció al momento que rodaba por un patio empedrado.

Entonces se detuvo, y Rodriguez dijo:

—Ya hemos llegado.

—Me alegro por el coche y por el pobre caballo,— contestó Samuel.

CAPÍTULO XII.

La Casa Blanca.

La *Casa Blanca* hoy solo existe en ruinas.

En la época que nos ocupa se hallaba situada cerca del tercer molino, en la falda del cerro y no muy lejos de las cuevas conocidas con el nombre de *Los Toriles*, en cuyas quebradas rocas anidan á miles los alcotanes, las lechuzas y otras aves de rapiña, con las que forma sociedad el perezoso y el lagarto, disfrutando de aquella soledad, apetecible para ellos, y aspirando los miasmas malos y el ambiente venenoso de un canal que se abrió en aquella tierra con el objeto de llevar la vida á los campos, y solo llevó la muerte á sus cercanos moradores, probando una vez mas que en España los que gobiernan suelen tener de tarde en tarde buenos pensamientos, pero preocupados en la política personal, no los realizan nunca.

Bien es verdad que esto suele suceder en todos los países que, como en el nuestro, se dice: «Soy empleado

del gobierno,» en vez de decir de la nacion, y que cada ministro que cae arrastra consigo á toda la falanje de sus allegados para dejar el sitio libre á los que lo son del ministro que le reemplaza.

Pero volvamos á la *Casa Blanca*, porque la política en España es una enfermedad contagiosa, una úlcera que repugna á los que ni vivimos de ella ni esperamos la caida de un ministerio para medrar.

El sitio donde se hallaba situada la *Casa Blanca* es con frecuencia visitado por cierta gente de vida no muy santa. Á la sombra de aquellos robustos y corpulentos árboles, cuyas raíces se nutren con el fango del canal, se han preparado mas de un asesinato y mas de un robo.

El cazador ó el caminante á quien sorprende la noche en aquellos sitios, aviva el paso y abre los ojos, temeroso de algun mal encuentro.

De vez en cuando, á la orilla del canal se tropieza con un casucho, convertido en taberna ó ventorro por un hombre poco escrupuloso.

Allí se bebe vino malo, á la sombra de los árboles en verano y al sol en el invierno, pero el vino de estos sitios da malos pensamientos y muchas veces se convierte en sangre.

Los matuteros suelen llenar allí de aceite sus pellejos y dar pienso á sus corredores jacos, á fin de que tengan fuerza para escapar de la persecucion de los agentes del resguardo, y mas de una vez el infeliz incauto que hasta allí llega y tiene la desgracia de emborracharse, se des-

pierta con el ligero y natural traje que nuestro padre Adan llevaba en el Paraiso antes de comer de la fatal manzana.

Dormir en uno de aquellos ventorros es estar reñido con la propiedad, pues siempre están concurridos por prematuros liquidadores sociales que rinden tributo á Caco.

Sin embargo, allí hay unos hombres, aunque pocos, que recorren aquellos sitios solitarios con una carabina al hombro y una bandolera sobre el pecho, en la que se lee, sobre una plancha de bronce, en letras negras, *Guarda del Canal*, pero bien dijo mi querido amigo el infortunado y festivo poeta Narciso Serra en una de sus lindas zarzuelas:

Y todos me llaman guarda

Y maldito lo que guardo.

Pero volvamos á la *Casa Blanca*, que es lo que mas importa á nuestros lectores, aunque bueno es que sepan que si por allí pasan, no deben ser confiados.

Rodriguez bajó primero y dió la mano al doctor para ayudarle.

—Tenga usted la bondad de cogerse de mi brazo,—le dijo,—tenemos que subir una escalera.

Samuel se cogió del brazo y contó doce escalones.

Luego siguieron andando por un corredor, al extremo del cual habia una puerta, y entraron por ella en una habitacion.

Entonces Rodriguez vió un hombre que llevaba un antifaz negro puesto sobre el rostro.

La presencia de aquel misterioso personaje le sobrecogió, pero el del antifaz se puso un dedo sobre los labios, como indicándole que callara, y le alargó un papel.

Rodriguez leyó la nota que poco antes habia escrito Quesada en una hoja de su cartera, hizo con la cabeza un signo de aprobacion, se guardó en el bolsillo la nota y salió de la sala.

Mientras tanto, Samuel, de pié é inmóvil, esperaba en medio de la habitacion.

Hubo una corta pausa y despues el hombre del antifaz dijo:

—Doctor Samuel, puede usted quitarse la venda.

Esta voz tuvo el poder de causar un vivo estremecimiento al anciano, que se arrancó el pañuelo precipitadamente.

Al ver delante de él al hombre enmascarado, dijo:

—¡Ah, es usted!... he reconocido la voz; bien es verdad que no la he olvidado desde aquella noche que la oí por vez primera en Horche.

Y el doctor dirigió una mirada en derredor suyo para reconocer el sitio donde se hallaba.

Era una sala perfectamente cuadrada que recibia las luces por dos ventanas altas de tres piés en cuadro de hueco.

Habia, por consiguiente, bastante claridad, pero el techo era tan alto, que dos hombres, püesto el uno sobre los hombros del otro, no hubieran llegado á asomarse por aquellas ventanas que, además de los cristales,

tenian un cruzamiento de hierros en forma de reja.

Las paredes de aquella habitacion estaban revestidas de esas colchas de tela de algodón que se construyen en las fábricas de Barcelona. El pavimento era de madera y en el centro se hallaba una mesa clavada en el entarimado y un sillón de baqueta, clavado tambien al suelo.

En derredor de las paredes unos divanes fijos, una alcoba con cama de hierro y una lámpara colgada del techo.

Samuel se sonrió viendo el modo como estaba amueblada aquella habitacion. Era médico y habia visto muchas por aquel estilo en España y en el extranjero.

—Tratan ustedes de hacerme pasar por loco y me han traído á un manicomio,—dijo encogiéndose de hombros.—Eso tiene sus dificultades, y la mayor es que yo soy médico y sé lo que debo hacer para convencer á los que se encarguen de mi asistencia, de que, gracias á Dios, tengo el juicio cabal.

El hombre del antifaz guardó silencio y fué á sentarse en un diván.

Samuel se puso á pasear por la habitacion, reconoció las paredes y la alcoba y luego dijo:

—Estas paredes colchadas son buenas para que un demente no se rompa la cabeza contra ellas, y además, apagan la voz humana. Solo siento, si es que he de pasar aquí mucho tiempo, no tener algun libro con que entretener el ocio, pero usted será bastante amable para proporcionármelo. Espero que le manifieste usted mis deseos al noble general Lostan, porque despues de todo,

ese señor, á quien ningun daño he hecho, no puede quererme tan mal que me niegue una peticion tan insignificante.

—Y como Santiago, pues este era el hombre de la máscara, guardara silencio, Samuel añadió:

—En vano procura usted economizar la palabra, ya le he dicho al entrar que le habia reconocido. No le tengo á usted odio, porque el hombre que comete un crimen sirviendo á una voluntad ajena, mas que odio, inspira lástima; porque los seres justos se afligen viendo hasta dónde llega la degradacion humana. Usted fué en Horche un asesino pagado: ignoro el papel que va á representar aquí, pero supongo que no será muy noble, pues lleva el rostro cubierto. Lástima que para fortalecer su espíritu, en el caso que vacile, no se halle á su lado el miserable Bonifacio!

—Doctor Samuel,—contestó Santiago con acento no muy seguro,—yo quise en Horche evitar un crimen y usted desechó mis proposiciones.

—Á un hombre que tiene en mas su honra y su conciencia que la vida, no se le hacen ciertas proposiciones, porque no puede admitirlas. Las infamias son propiedad esclusiva de los infames. Tanto le valdria que un asesino le dijera á un padre: «Yo te mato porque no quieres entregarme á tu hijo para que le mate: no te quejes, pues, ya que la culpa es tuya.» Hay pretextos que harian reir si no fueran tan repugnantes.

—El secreto que usted poseia era un peligro de muerte,—repuso Santiago.

—Diga usted mas bien que las infamias del general eran dignas de un presidio, donde, mediante Dios, espero que termine sus dias, á pesar de sus títulos, sus entorchados y sus condecoraciones,—añadió Samuel.— Poco importa que me haga beber un tósigo, que hunda un puñal en mi corazón ó me sentencie al ostracismo para toda mi vida, que no puede ser larga. Para los criminales llega siempre el dia de la justicia. Además, como yo al llegar á Madrid sabia con quién tenia que habérmelas, he tenido la prudencia de prepararme y me vengarán. No crea usted que digo esto para infundir miedo. Hace muchos años que miro la vida como se merece, con indiferencia, porque, ¿quién es capaz de asegurar si sobre el nombre de usted, que al parecer es mas jóven y mas fuerte que yo, tiene Dios puesto el dedo, en el gran libro de los vivos?... La muerte comienza á aspirarse al nacer con el primer soplo de vida que penetra en nuestros pulmones. ¿Qué es el hombre? Un átomo perdido en este vasto océano, un sér impotente, aguijoneado por sus pasiones y esclavo de sus deseos y de sus vicios, un espíritu soberbio movido por los nervios y el calor de la sangre, que lucha sin cesar y corre con afán detrás de un sueño, y cuando cree cogerle, cuando estiende la mano, cuando deja asomar á sus labios la sonrisa de la satisfaccion, entonces despierta en brazos de la muerte.

Y Samuel, cambiando de entonacion y haciendo un movimiento con la cabeza, añadió:

—Pero estas disertaciones filosóficas no son á propó-

sito para purificar el corazón de un asesino. He dormido poco, ó por mejor decir, nada la noche pasada. Veo una cama y el hombre debe aprovechar las ocasiones. Con el permiso de usted.

Samuel entró en la alcoba y se tendió vestido en la cama.

Pocos momentos después, Santiago oía la dulce y tranquila respiración del doctor, que dormía profundamente.

Entonces se levantó del diván, acercóse á la cama, andando de puntillas, y estuvo contemplando un breve instante el venerable rostro de aquel anciano, cuya serenidad oprimía su espíritu, y llevándose una mano al pecho, dijo hablando consigo mismo:

—¡Ah! Nada es tan terrible como inmolar á una víctima que se resigna á morir sin defenderse. Ese venerable anciano, ni tiene para mí una palabra que me irrite, que me ciegue, y esto me hace daño.

Y pasándose la mano por la frente, salió de la alcoba, sentóse en el sillón de baqueta, y sacando del bolsillo un tintero de cuerno y un pliego de papel, se puso á escribir lo que sigue:

«Está en mi poder; respondo de que no se me escapará. Espero órdenes, pero debo advertir que, según he comprendido por sus palabras, hay otros que saben su secreto. Sería conveniente que nos viéramos para ponernos de acuerdo.»

Luego cerró la carta con lacre, y levantándose del sillón, se encaminó hacia la puerta, puso el dedo sobre

un boton de hierro, sonó un timbre lejano y se abrió la puerta.

Un hombre se presentó tambien con el rostro cubierto.

Aquel hombre era Bonifacio.

Santiago le dijo algunas palabras al oido á Bonifacio, éste cogió la carta y desapareció precipitadamente.

Volvió á cerrarse la puerta. Santiago fué á sentarse en uno de los divanes, y colocando los codos sobre las rodillas, dejó caer la frente en la palma de las manos.

El remordimiento asaltaba el corazon de aquel hombre, la conciencia se sublevaba en el fondo de su alma.

Mientras tanto, el doctor Samuel continuaba durmiendo el sueño del justo.

CAPÍTULO XIII.

Donde se cruzan los anónimos.

Mendez, después de la entrevista que tuvo con Quésada, comprendió que el asunto de su maestro el doctor Samuel requería mucha prudencia y mucha actividad.

Era indudable que el pobre y confiado anciano había caído en una emboscada, y le tenía inquieto la sospecha de llegar demasiado tarde para salvarle.

Sin embargo, un resto de esperanza quedaba en su pecho, y era que á Samuel, por una de las mil circunstancias que no era fácil adivinar, le hubiera sucedido algo que nada tuviera que ver con el general Lostan.

Regresó Mendez á su casa, preguntó si había vuelto Samuel, y cuando le dijeron que no, se dirigió á casa del conde de la Fé: tampoco estaba allí Samuel.

Mendez, mal humorado y taciturno, entró en la alcoba del herido, y después de enterarse del estado del paciente, salió á la sala, en donde se hallaban el conde de la Fé y Julio.

—¿Cómo encuentra usted á Daniel?—preguntó el conde.

—Sigue perfectamente. Le salvaremos, señor conde, tengo la seguridad de ello.

—Y vengaremos al doctor Samuel en el caso de que se cometa con él alguna infamia, ¿no es verdad, Mendez?—añadió el conde de la Fé.

—¡Oh! Sí, le vengaremos,—contestó el médico,—pero seria mejor salvarle.

—¡Quién lo duda! Pero, ¿dónde está Samuel? Hace algunas horas que tengo diez hombres empleados en buscarle, y entre ellos mi secretario, que es de los mas listos, y nadie viene á decirme nada. Sin duda se lo tragó la tierra.

Y el conde, sonriendo de un modo intencionado, añadió:

—Afortunadamente, una casualidad, que bien puede llamarse providencial, nos favorece.

—¿Y qué casualidad es esa?

—Un documento que Samuel me dió antes de salir, para que se lo guardara.

—¿Es una partida de casamiento?

—Sí, en toda regla, y si no han cometido la infamia de asesinarle en el acto...

—¡Le cree usted capaz!...—preguntó con temor Mendez.

—Le creo capaz de todo.

Mendez exhaló un suspiro, y despues de pasarse la mano por la frente varias veces, como el que quiere des-
echar una idea que le disgusta, añadió:

—¡No, no, eso no es posible, porque entonces sería el hombre mas infame de la tierra!

—Y lo es, querido Mendez,—contestó el conde.—
¡Oh! Usted no conoce la historia de ese hombre ambicioso. Hay muchos en presidio mas dignos que él de llevar sus entorchados.

—Me hace daño dudar de un hombre á quien tantas veces he estrechado la mano. ¡Ah! ¡Porqué no se escriben sobre la frente de la criatura las buenas y malas acciones!...

—Eso sería muy útil.

Y el conde, sonriéndose como pudiera hacerlo Voltaire, añadió:

—Pero Dios no ha querido que así suceda, y es preciso que nos resignemos á ser engañados.

—Pero, ¿tiene usted la seguridad de que todo el daño que recibió en Horche y recibe en Madrid el doctor Samuel, parte del general Lostan?

—Tengo la misma certeza que puedo tener en que usted es el médico don Rogelio Mendez. No me cabe la menor duda.

—Entonces, esta misma noche veré al general,—añadió con resolucion Mendez,—y será preciso que me devuelva á mi maestro.

—Guárdese usted bien de semejante cosa, eso sería una imprudencia.

—Pero es preciso hacer algo,—contestó con desesperacion Mendez.

—Sí, señor, y tanto es así, que he mandado escribir un anónimo.

—¿Para quién? —No, no, eso no es posible.

—¡Toma! para el general. Lo que prueba que tengo la seguridad de que es el enemigo de nuestro pobre anciano.

Y el conde, sacando una carta del bolsillo, añadió:

—No se la he mandado porque deseaba que usted la viera antes: oiga usted lo que le digo.

Y el conde se puso á leer en voz baja:

«Señor general Lostan: tengo la seguridad de que por orden de usted hace tres meses se trató de asesinar en el pueblo de Horche al doctor Samuel Fuentes. Entonces se salvó milagrosamente, gracias á los auxilios del médico Mendez, que se hallaba por casualidad en aquel pueblo cazando.

«Hoy ha desaparecido Samuel, y le prevengo que tengo en mi poder documentos que presentaré á los tribunales, sin que me detenga ninguna consideracion, si en el término de tres dias no parece el inocente anciano que se halla en poder de usted, sin duda con el infame intento de esterminarle.

—«Elija usted lo que mas le convenga: todo el daño que reciba el doctor Samuel caerá sobre la manchada frente del general Lostan.»

—Este anónimo para el golpe que amenaza á Samuel,—dijo el conde.

—Pero no comprendo por qué ha puesto usted mi nombre en él,—añadió Mendez.

—Sencillamente, para desorientar al marqués del Radio. Nadie pone su nombre en un escrito de esta na-

turalaleza, y el general sospechará de todo el mundo menos de usted.

—Estas razones convencieron al médico.

—¿Cuándo piensa usted mandarlo?

—Es probable que esta misma noche se encuentre el general con esta carta en su mesa de noche,—repuso el conde sin dejar su intencionada sonrisa.

—¡Oh! Eso seria de mucho efecto.

—Pues será.

Aquí fué interrumpida por un criado la conversacion de los dos interlocutores.

El conde le dirigió una mirada severa.

—Dispense V. E., pero en la antesala se halla un hombre que dice que tiene absoluta necesidad de ver al señor Mendez. Yo me resistia á pasar el recado, pero tanto insistió, que cedí, temiendo cometer una imprudencia con mi negativa.

Mendez se levantó y salió á la antesala.

El que allí le esperaba era un criado suyo, que le entregó una carta, diciéndole:

—El que me la ha entregado me aseguró que interesaba mucho á usted que llegara pronto á sus manos.

Mendez cogió la carta y dijo:

—Espere usted en la antesala; si tardo diez minutos, puede volver á casa.

Luego entró en el gabinete donde habia dejado al conde.

—¿Qué ocurre?—le preguntó éste.

—Una carta urgente, que voy á leer con el permiso de usted.

—Mendez abrió la carta, que era en extremo lacónica y no iba firmada.

—¡Ah!—dijo,—veo que todos trabajamos en el mismo asunto; es otro anónimo.

—Veamos lo que dice, si es que se puede saber,—repuso el conde.

—¿Y por qué no? Dice así:

Y Mendez leyó lo que sigue:

«El doctor Samuel no corre ningun peligro, pero si el doctor Mendez da un solo paso para encontrarle, se le avisa que la perdicion del que desea salvar es segura, pues será inmolado á la primera imprudencia que cometa.»

—¡Hola! Comienza á amenazarnos,—dijo el conde,—es prueba evidente que tiene miedo. ¡Pobre general!... ¡qué ratos tan malos estará pasando, y qué malos los tiene que pasar aun!

—¿Cree usted que esta carta es de Lostan?

—Tengo la seguridad de ello. ¿Á quién diablos le interesaría mas que á él perder al médico de Horche, que sabe toda la vergonzosa historia del hombre...

—Silencio, señor conde, silencio...—dijo Mendez señalándole la alcoba;—que lo ignore todo hasta que esté restablecido.

—Es verdad, pero permítame usted que continúe mi plan de campaña: voy á mandar mi anónimo.

El conde salió de la habitacion, y entonces Mendez se levantó y entró en la alcoba del herido, en donde se hallaba Julio, que, preocupado en la lectura de un libro

que tenia en las manos, velando el sueño de su amigo, nada habia oido de la conversacion que en voz baja habian mantenido el médico y don Fernando.

—Duerme,—dijo Julio viendo entrar al médico.

Entonces se acordó Mendez de que estaba en la alcoba Julio; pero importándole poco que hubiera oido algo de la conversacion, pues era un amigo de confianza interesado tambien en la suerte de Samuel, hizo un movimiento de aprobacion con la cabeza y contestó:

—El sueño es un gran reparador en estos casos.

Y luego hizo una seña á Julio y ambos salieron de la alcoba y fueron á sentarse en un sofá.

—Son las once de la noche,—dijo Mendez despues de mirar la esfera de su reloj.—Supongo que será muy tarde para que vea usted á Clotilde de Lostan.

—¡Las once! Se ha pasado el tiempo con una rapidéz increíble y mi hermana me estará esperando.

—¿En casa del general?—preguntó con interés Mendez.

—Sí.

—Pues entonces no pierda usted ni un minuto, vaya usted á buscarla, porque me dice el corazon que tal vez Clotilde tiene que decirle á usted algo.

—¿Sobre el asunto del doctor Samuel?

—Que no parece y cuya desaparicion me tiene inquieto.

—Pero, ¿y Daniel?—contestó Julio.

—Yo me quedaré cuidándole hasta que usted regrese. Además, creo que esta noche se queda el duque de

San Plácido, y ha dicho que vendría después de la ópera.

—Voy, pues, y tardaré lo menos que pueda. Hasta muy pronto, señor Mendez.

—¡Ah! ¡Dios quiera que sea usted portador de buenas nuevas!

Julio no tenía un gran trecho que recorrer. Desde la calle del Arenal á la de Alcalá, un joven tarda poco, y mucho menos á las once de la noche, hora en que hay menos concurrencia por las calles.

El portero le vió entrar y le saludó, porque sabia que era un amigo de la casa.

Cuando llegó al piso principal y preguntó por Blanca, le dijo el encargado de la puerta:

—La señorita Blanca se ha retirado hoy muy temprano.

Julio hizo un gesto de disgusto, porque no estando su hermana, no podia ver á Clotilde á aquellas horas; ya iba á retirarse, cuando oyó una voz femenina que le decia:

—Buenas noches, señorito Julio. ¿Viene usted á enterarse de la salud de la señorita Clotilde? Se halla un poco indispuésa, y me habia encargado que si usted venia le diera esta carta para su hermana la señorita Blanca.

La que así le hablaba era Rosa, la doncella de Clotilde, y Julio comprendió que en toda aquella relacion habia algun misterio.

—Tenga usted la bondad de decirle,—añadió Julio,—que he venido de parte de mi hermana á enterarme

de su salud, y que Blanca tendria sumo placer en verla restablecida muy pronto.

Rosa entregó la carta á Julio, guiñándole un ojo.

—Se lo diré, señorito, cuando me llame,—contestó la doncella.

—Hasta mañana, pues, Rosa, y si mi hermana ó yo podemos ser útiles á la señorita Clotilde, espero que se acordará de nosotros.

—¡Ah! ¿Quién lo duda? ¿Y cómo sigue su amigo de usted?—preguntó Rosa.

—Perfectamente bien, todo lo bien que se puede desear, pues no corre ya el menor peligro: todo es cuestion de paciencia.

Cuando Julio salió de la antesala en direccion á la escalera y Rosa se dirigió hácia la habitacion de su señorita, el criado, que durante el diálogo anterior no habia desplegado los labios, dijo refunfuñando:

—Estas doncellas señoritas hablan mas que un sangrador, trabajan menos que un perrito faldero y tienen mas gajes que el conserje del Nuncio, mientras que uno...

El criado lanzó un bostezo y fué á sentarse en uno de los cómodos divanes de la antesala, en donde pasaba su vida dormitando y hablando mal de todos los entrantes y salientes de la casa.

CAPÍTULO XIV.

Un carácter de hierro.

Como en la noche que nos ocupa tuvieron lugar varios acontecimientos, el lector nos permitirá cierto desorden en la narracion: por eso, dejando á Julio ansioso de leer el contenido de la carta que acababa de entregarle Rosa, seguiremos al general Lostan, que, saliendo de su despacho, se dirige hácia el gabinete de su esposa, que le ha concedido permiso para que la visite.

La marquesa del Radio recibió á su esposo, como siempre, con el rostro grave, la mirada severa y el ademán altivo.

El general habia herido de muerte el orgullo indomable de aquella mujer, y la reconciliacion entre aquel matrimonio era imposible.

Don Pedro, por su parte, estaba nervioso, mal humorado, porque veia formarse una terrible tempestad sobre su cabeza.

—Ya comprenderá usted, señora,—dijo el general,—que cuando me he atrevido á suplicarle que me conceda

una entrevista á estas horas, tendré que hablarle de un asunto importante.

—Sí, he sospechado eso mismo,—contestó con sequedad la marquesa;—pero supongo asimismo que ese asunto será mas importante para usted que para mí.

—Me cree usted muy egoísta,—repuso el general:—no importa, hace tiempo que me he acostumbrado á sufrir las inculpaciones de usted y no me detendrá esta noche el frío recibimiento que se me hace, pues se trata de una cuestión grave, que interesa, si no á usted, á su hija tanto como á mí.

—Hace muchos años que esa pobre niña, á quien le espera indudablemente un porvenir bien desgraciado, está sirviendo á usted de escudo. Pero, en fin, hable usted, estoy dispuesta á escucharle.

El general suspiró como el hombre que se resigna á tener paciencia y luego dijo:

—Hoy mas que nunca estamos amenazados de que deje de ser un secreto para la sociedad la historia que hace tantos años procuramos ocultar y que tan desgraciados nos ha hecho. El doctor Samuel, á quien yo creía muerto, ó por lo menos imposibilitado para hacerme daño, ha llegado á Madrid resuelto á reclamar los derechos del hijo de Ángela.

Al oír este nombre se oscureció la frente y centellearon los ojos de la marquesa.

—¿Por qué dice usted el hijo de Ángela y no dice usted el mío? Y además, ¿por qué me recuerda usted una historia que procuro olvidar?

—Porque es preciso, señora; porque el doctor Samuel puede descubrirlo todo; porque ese hombre fatal, á quien sin duda protege mi ángel malo, tiene documentos que pueden perderme, arrebatándole la legitimidad á mi hija, que tantos sacrificios nos cuesta á los dos; porque yo, olvidándome de todo, me he apoderado de ese hombre con objeto de esterminarle ú obligarle á callar, y mientras tantos peligros arrostro y á tanto me espongo, una mujer me espía y me denuncia, y tal vez me pierde, y es preciso que yo sepa quién es esa mujer.

El general habia tomado un aspecto amenazador, sus ojos despedían rayos de ira, sus labios temblaban de rabia.

Beatriz, sin embargo, le contemplaba serena, sin inmutarse, sin pestañear.

—¿Y quién es esa mujer que espía y vende al general Lostan?—preguntó la marquesa.

—Eso mismo es lo que yo deseo saber, señora.

—¿Y venia usted á preguntármelo á mí, caballero?

Esta pregunta fué hecha con un acento tan grave, tan altivo, que el general no supo qué contestar.

—Solo faltaba que despues de los agravios que usted me ha hecho, cometiera la bajeza de insultarme.

—Señora..., es verdaderamente una desgracia,—repuso el general esforzándose por contenerse,—que no podamos entendernos nunca; procuraré revestirme de una gran paciencia, y le suplico que la tenga tambien para oirme.

Don Pedro exhaló un suspiro, porque indudable-

mente el aire que aspiraba se convertía en fuego dentro de sus pulmones.

—He tenido la honra de decir á usted varias veces, —añadió el general,—que la vida me es de todo punto indiferente, y hasta me atreveré á añadir que me pesa su carga. Pero tengo una hija á quien amo con toda mi alma, porque ella es el único ángel de la tierra que endulza mi amargura y aminora mis grandes pesares.

—¿Va usted, como siempre, á recitarme una epístola de lamentaciones?—repuso la marquesa interrumpiéndole.

—Voy á revelarle á usted toda la verdad de nuestra situación, para que comprenda el peligro que nos amenaza. Va usted á saber lo que he hecho por nuestra hija, luego podrá usted compadecerme ó despreciarme. Porque, entiéndalo bien, señora, ¡yo he llegado hasta el crimen!... ¡hasta el asesinato!... sí, hasta el asesinato, porque es preciso decirlo todo. Se trataba de mi hija y de mi honra, y no vacilé... pero hay un poder superior al hombre: la Providencia, y ella, salvando milagrosamente al que podía perderme, hace que hoy se presente en Madrid á pedir justicia.

El general se detuvo, se pasó la mano por la frente y respiró con fatiga.

La marquesa, esta vez no tuvo palabras duras que arrojarle al rostro, y era, sin duda, que la entonación que empleaba el general comenzaba á imponerla.

Don Pedro volvió á decir:

—Apenas supe que el doctor Samuel se hallaba en

Madrid, comprendí la causa que motivaba su viaje. Empleé todos los recursos que estaban en mi mano y logré encontrarle. Pero, ¿sabe usted en dónde, señora? Voy á decirlo: en casa del conde de la Fé. ¡Ah! ¡No podía haber elegido un huésped mas á propósito para perderme!... ¡para infundirme grandes recelos! Resuelto á todo, esperé la ocasion y me apoderé del hombre que sabia la historia de Ángela, con el objeto de imponerle un silencio profundo ó esterminarle de una vez. Porque, ya lo he dicho, señora, estoy resuelto á todo antes de que mi hija ceda á nadie el puesto que ocupa. Pero, ¿sabe usted lo que ha sucedido? Pues bien, una mujer, que indudablemente respira el ambiente de esta casa, que habita debajo de este techo, ha escrito un anónimo al doctor Mendez suplicándole prevenga á Samuel los peligros que le amenazan, lo cual me demuestra que en mi misma casa se me ha espiado, se ha oido una conversacion que yo tuve con el jefe de la policia de Madrid, y que no estoy libre de enemigos ni aun en el recinto de mi mismo hogar.

—Pero bien, ¿ese hombre?... ¿qué se ha hecho de ese hombre?

—Está en mi poder, señora, y morirá si es preciso que muera,—contestó con acento nervioso el general;—pero yo necesito que usted me ayude á descubrir quién es el que me espía, y voy á ser franco, yo he sospechado que usted, por librarme de un nuevo crimen y sin sospechar los peligros que sobre mí arrojaba, es la que me ha denunciado.

—Supone usted muy mal, caballero,—contestó la marquesa sin afectarse por las sospechas que su marido acababa de manifestarle.—Porque hace tiempo que estoy convencida de que si el crimen que usted ha cometido se descubre, la sociedad arrojará sobre el verdadero culpable la vergüenza y el desprecio que merece.

—¿Luego no es usted la que ha escrito el anónimo?

—Basta, caballero. No tiene usted ningun derecho para insultarme, pero me compadezco de usted y voy á darle un consejo. Abandone usted á España con su hija, evitando, al menos, que crezca y se desarrolle en el corazon de nuestra desgraciada Clotilde un amor que es imposible, que es criminal.

—Pero, ¿usted no sabe que el doctor Samuel posee un documento que la fatalidad ha puesto en sus manos y que ese documento es mi deshonra?

—¿Y qué documento es ese?

—Segun sospecho, la partida de casamiento de Ángela y...

El general se detuvo.

—Si eso es cierto,—añadió doña Beatriz,—Dios solo puede salvar á usted del oprobio y el desprecio.

—¡Dios! ¡Es verdad!...—esclamó el general con desesperacion:—pero antes, ó ese hombre me devuelve el documento, ó dejará de existir.

Y don Pedro salió precipitadamente del gabinete de su esposa.

—¡Insensato!—murmuró en voz baja la marquesa:—cometió, acosado por la ambicion, un crimen vergon-

zoso, repugnante, causa de su infelicidad y de la mia... tal vez la de su hija; y ese crimen, encadenando su voluntad, le arroja de abismo en abismo hasta que llegue la hora de la expiacion...

Y doña Beatriz, despues de exhalar un profundo suspiro, dejó caer su frente entre las manos y dos lágrimas asomaron á sus ojos.

El general, fuera de sí, loco, desalentado, llegó tambaleándose á su gabinete y se dejó caer en una butaca.

Aquel hombre expiaba terriblemente su crimen y las lágrimas que habia hecho derramar á la infeliz Angela.

Su castigo era justo y por eso su dolor era mas vivo, mas profundo, mas terrible.

Sentia una vaguedad espantosa en la cabeza y un intenso calor en el corazon.

Hubo un momento en que temió volverse loco.

De repente se abrió la puerta del gabinete y se presentó un hombre: era Bonifacio.

Al verle, el general lanzó un grito que dificilmente podria definirse.

Bonifacio, inmóvil junto á la puerta, solo dijo con acento pausado:

—Esta carta me ha entregado Santiago para V. E.

Santiago era el guardian de Samuel. Don Pedro parecia vacilar, tenia miedo de coger aquella carta que le alargaba Bonifacio.

—Supongo que el doctor Samuel...—se atrevió por fin á preguntar.

—Vive, señor, y la tranquilidad de su espíritu es verdaderamente abrumadora.

El general respiró, y cogiendo la carta, dijo:

—Espera en la antesala mis órdenes.

Después rompió el sobre y se puso á leer para sí lo que sigue:

«Tengo grandes dudas respecto á ese hombre: desprecia la muerte con una impasibilidad que espanta. Conoce de dónde parte el golpe que le amenaza y me ha dicho que si muere, otro se encargará de vengarle y hacer justicia.

»De lo cual deduzco que ha confiado su secreto y algun papel importante á otro. ¿Qué hago yo en ese caso?

» Espera su contestacion.—S.»

El general temblaba leyendo la carta que tenia entre sus manos: era de Santiago, y su contenido aumentaba su crítica situacion.

Vaciló algunos momentos, y por último cogió la pluma y, con una letra bastante desfigurada, escribió estas líneas:

«Hazle todas cuantas proposiciones quieras, en cambio de su silencio. Iré yo antes del amanecer.»

Luego llamó á Bonifacio y le dijo:

—Esta carta á Santiago, volando, y vuelve al momento, pues tenemos que salir juntos antes de amanecer. Bonifacio desapareció sin desplegar los labios.

El general se sentia tan fatigado, que, entrando en su cuarto, encendió una bujía que se hallaba sobre la

mesa de noche y se disponia á acostarse vestido para descansar algunas horas, hasta el regreso de Bonifacio, cuando sus ojos se fijaron en una carta que se hallaba sobre el mármol de la mesa de cabecera.

El sobre de aquella carta decia: «Para el señor general Lostan.—Urgente.»

Don Pedro, aunque le causó estrañeza ver allí la carta, rompió el sobre y se puso á leerla con una agitacion febril.

Era la que ya conocen nuestros lectores: el anónimo que el conde de la Fé habia leído al doctor Mendez.

El general lanzó un rugido, y como si se hubieran agotado todas sus fuerzas, dejóse caer en una silla, murmurando en voz baja:

—¡Ah! ¡No me cabe duda alguna!... ¡Estoy rodeado de traidores, de gente que se burla de mí, que me vende!... ¡La hora de la justicia, indudablemente ha sonado para mí!...

Se desvaneció su cerebro, perdióse la luz de sus ojos y cayó sin sentido en el suelo.

Nadie acudió á socorrerle. Dios le dejaba solo con su dolor, con su amargura, con sus grandes remordimientos, porque el general no tenia ni aun fuerzas para pedir socorro.

CAPÍTULO XV.

El primer indicio.

Julio tenía tal impaciencia por leer la carta que le había dado Rosa, la doncella de Clotilde, que entró en el primer café que encontró al paso para satisfacer su natural y noble curiosidad.

Rompió el sobre y se puso á leer para sí lo que á continuacion consignamos:

«Es indispensable inquirir, sin pérdida de tiempo, en qué sitio de las cercanías de Madrid se halla situada una casa llamada la *Casa Blanca*, pues allí es en donde está el doctor Samuel, cuya vida corre gran peligro.

»Recomiendo en este asunto mucha prudencia. Estoy inquieta, pues mientras por una parte me dice el corazon que debo contribuir á salvar al doctor, por otra presiento que hago mal en mezclarme en este asunto.

»Cuide usted mucho á Daniel.»

La carta iba sin firma, pero Julio conoció la letra de Clotilde.

Salió del café y se dirigió precipitadamente á casa del conde.

El doctor Mendez y don Fernando se hallaban esperándole; cuando le vieron entrar, le preguntaron á la vez:

—¿Qué hay?

—Tengo ya un indicio,—contestó Julio.

—Hable usted,—añadió Mendez con impaciencia.

Julio, mas prudente que la vez primera, sin enseñar la carta, dijo:

—Sé dónde está el doctor Samuel.

Mendez no pudo contener un grito de gozo.

—Pero creo bastante difícil encontrar la madriguera en donde le tienen sus enemigos.

—Pero bien, ¿dónde está?

—En la *Casa Blanca*.

—¡La *Casa Blanca*!—repitió el conde.—Eso es muy ambiguo no sabiendo el sitio donde se halla situada esa casa.

—Hé aquí la dificultad que nosotros debemos vencer: encontrarla,—repuso Julio.

—¡La *Casa Blanca*!... Yo he oído ese nombre.

—¡Oh, diablo! Con ese nombre habia en España algunos centenares de edificios rurales, y mucho trabajo va á costarnos encontrarla como no sepamos, poco mas ó menos, qué punto de la provincia ocupa.

—Sospecho que está situada en las cercanías de Madrid.

—¡Ah! Eso ya es distinto,—añadió Mendez,—y des-

de el momento que esa casa sirve para tener á un hombre encerrado contra su voluntad, debe hallarse situada en un punto especial.

—Y cercano á Madrid,—repuso el conde.

De repente, el doctor Mendez reanimó su semblante como si recordara algo útil para la cuestion que se debatía.

—Conozco á un hombre que puede darnos algunas noticias. Es un cazador que sabe perfectamente todas las cercanías de Madrid. Solo hay una dificultad, que mi hombre esté cazando, y nos urge mucho encontrar á Samuel.

—¿Quiere usted que se mande á buscar á ese hombre?—preguntó don Fernando.

—No, iré yo mismo á su casa.

Y mirando la esfera de su reloj, añadió:

—Un poco tarde es, pero no importa, tengo con él bastante confianza para hacerle levantar si está acostado y para mandarle á buscar si se ha ido de caza.

Y Mendez, sin esperar mas, se puso el sombrero y salió de la habitacion.

El conde, al verle salir, se encogió de hombros y dijo:

—Veremos lo que resulta de todo esto.

—El doctor Mendez es hombre que me inspira confianza,—repuso Julio.

—¡Oh, yo lo creo! Y además, tiene un gran interés en encontrar á Samuel; pero, si á usted le parece, podemos pasar á la habitacion de Daniel.

—Sí, vamos: allí seremos, al menos, útiles al pobre herido.

.

Sigamos nosotros al doctor Mendez, que, con paso ligero, despues de cruzar multitud de calles, entró en la de Toledo, y cruzándola en toda su longitud, torció por la de Calatrava, deteniéndose como á la mitad de ella.

Allí, como si dudara, estuvo examinando con detenimiento un portal estrecho y largo, á cuyo fin veíase un farolillo agonizante que prestaba su incierta luz á los vecinos del patio.

—Aquí es,—dijo el doctor entrando con resolucion en el portal, sin recordar que llevaba un magnífico cronómetro de oro en el bolsillo y que ni el sitio ni la hora debian inspirarle mucha confianza.

El doctor Mendez llegó al extremo del portal y se encontró en el patio. Siguió adelante, pero encendiendo antes un fósforo, porque en el patio habia varias puertas y el doctor buscaba la señalada con el número 3.

Llamó resueltamente con la contera de su baston y al instante le contestó una voz:

—¿Quién es?

El médico debió, indudablemente, reconocer aquella voz, pues contestó en tono familiar:

—Abre, Julian.

Sin duda alguna, la voz del doctor fué tambien reconocida, pues la puerta se abrió inmediatamente.

—¡Usted en mi casa, señor Mendez! ¡Voy á llamar

á Teresa?—dijo el hombre que habia abierto la puerta, repartiendo al mismo tiempo algunos puntapiés á dos perros que ladraban en derredor suyo.

—No, Julian, no llares á nadie,—contestó el médico precipitadamente.—Vengo á verte á tí solo, y sobre todo te suplico que no levantes la voz.

Julian colocó una silla junto á la mesa y añadió:

—Siéntese usted y mande lo que guste.

Y dirigiéndose á los perros, añadió:

—Á la estera, Sol; á la estera, Diana.

Los perros fueron á echarse á un extremo de la sala con la docilidad propia de su casta cuando está bien educada.

Digamos antes de continuar la narracion de la presente historia, algunas palabras del nuevo personaje que acabamos de sacar á la escena.

Julian era uno de esos cazadores de oficio que tienen todos los instintos, todas las argucias, todo el sigilo de las alimañas, de las que era enemigo incansable.

Habia declarado la guerra á todos los bichos del campo: con el mismo interés cazaba alondras, que peredices; conejos, que jabalíes.

Era un verdadero hombre de la naturaleza, un salvaje de los bosques de Dombay, pero con la ventaja de tener la costumbre de tratarse con personas civilizadas y vivir en Madrid.

Nadie como Julian *el Alimañero* (pues este era su apodo), educaba á un perro, llegando su habilidad hasta el punto de que á sus perros, cuando hacian algo

que no era del agrado de su amo ó maestro, les decia:

—Trae el látigo.

Julian, entonces, cogia el látigo que le traia el perro, le daba la paliza correspondiente á la culpa y volvía á decirle:

—Deja el látigo en su sitio y cuidado con lo que se hace.

El perro cogia el látigo con los dientes, iba á dejarlo en su sitio y luego se reunía con sus compañeros, sobre un pedazo de estera, á contarles si la mano de su amo habia sido pesada ó ligera.

Julian conocia, por las huellas, la edad y el sexo de una res, y era un prodigio en el reclamo de algunas aves.

Con todos estos conocimientos, Julian era pobre y no tenia mas patrimonio que su escopeta, que muchas veces ponía al servicio de algun cazador rico, que se lo llevaba á alguna expedición para verle hacer habilidades y que le matara caza, dándose luego la importancia de buen tirador.

El doctor Mendez conoció á Julian en una cacería, porque el doctor Mendez era tambien gran aficionado á la escopeta.

Una noche Mendez estaba en el Pardo, habia cazado aquel dia en el cuartel de San Jorge y cenaba con sus amigos, cuando vió entrar á Julian y le ponderaron sus habilidades.

—¿Seria usted capaz de matarme mañana un águila para disecarla?—le preguntó Mendez.

—Esta noche, si usted quiere,—contestó Julian con naturalidad.

—¡Esta noche! ¿Y dónde diablos irá usted á buscarla?

—¡Oh! Eso es cuenta mia,—contestó Julian sonriéndose.—Además, las águilas son las que me buscan á mí, y no yo á ellas.

—Pues acepto el ofrecimiento,—repuso Mendez alargándole un vaso lleno de vino.

El cazador de oficio bebió el vino de un solo trago, se limpió los labios con la manga y dijo:

—Pues hasta luego, señores; no tardaré mucho. Voy á buscar un águila macho, y respondo que será una buena pieza.

—Julian salió, y Mendez y sus amigos se quedaron comentando la seguridad con que habia hecho el ofrecimiento.

El guarda, que estaba escuchando la conversacion, contestó:

—Pues estoy seguro que la traerá.

Apenas el guarda habia concluido de afirmar el ofrecimiento de Julian, cuando se oyó una detonacion.

—¡Ya ha disparado!—esclamó Mendez.

—Pues entonces ya tiene el águila,—contestó el guarda.

Una segunda detonacion puso punto final á las palabras del guarda.

—¡Otra vez!—dijo Mendez.

—Es que habrá encontrado la pareja,—repuso el guarda.

Desde este momento el interés de los cazadores fué grande.

Todos esperaban, con la mirada fija en la puerta, ver entrar á Julian.

Y efectivamente, no se hizo esperar mucho: el cazador de oficio se presentó cargado con dos magníficas águilas reales.

El efecto fué completo. Mendez le dió una onza por las dos águilas y le ofreció su proteccion.

Pasó el tiempo. Julian visitaba de vez en cuando á Mendez y éste solia llevarle á alguna cacería.

Una noche Julian entró en casa del doctor, tenia el rostro demudado y le caia el sudor por la frente.

—¿Qué tienes?—le preguntó Mendez.—¿Estás enfermo?

—Yo no estoy nunca enfermo, gracias á Dios,—contestó Julian con acento trémulo,—pero he estado cinco dias en el campo cazando, y esta noche, al volver á mi casa, me he encontrado muy malita á mi hija mayor. Mi mujer ha tenido vergüenza de venir á llamar á usted, pero mi pobre Juanita está mala, muy mala, señor Mendez.

—Ha hecho muy mal tu mujer en no llamarme.

—Si quisiera usted molestarse en verla...—se atrevió á añadir Julian.

—Inmediatamente; ¡pues no faltaba otra cosa! iremos en el acto.

Mendez mandó enganchar de prisa el carruaje.

Julian no podia contener las lágrimas que agolpaba á sus ojos el agradecimiento.

El cazador amaba á su hija con toda su alma. La niña estaba muy mala, estaba á la muerte, pero Mendez le salvó por fin la vida.

Desde aquel dia Mendez fué para el cazador y su familia una especie de semi-dios.

Julian se hubiera dejado matar por el médico Mendez, y Mendez tenia la seguridad de que Julian era un hombre agradecido, un servidor leal.

Pensó, pues, en él para buscar al pobre viejo Samuel, porque Julian conocia palmo á palmo toda la provincia de Madrid.

Esplicados estos antecedentes, continuemos nuestro relato, pero conviene hacerlo en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XVI.

Donde el doctor Mendez encuentra un buen aliado.

El cuarto que ocupaba Julian *el Alimañero* era bien modesto: una sala, una alcoba, un pequeño cuarto y una cocina microscópica.

La sala servía para todo: en ella tenía Julian sus redes, sus trampas y cepos para coger alimañas, su escopeta y efectos de caza, y sus dos perros.

En cuanto á los muebles, se reducían á una mesa de pino, media docena de sillas y una cómoda de madera pintada.

Mendez se sentó en la silla que le había puesto Julian junto á la mesa, sobre la cual se hallaba una lamparilla de bronce, un tintero y algunos papeles, porque Julian, por las noches, en sus ratos de ocio, se entretenía en escribir un tratado para exterminar las alimañas.

—Necesito de tí, Julian,—le dijo Mendez en voz baja,—y por eso vengo á buscarte á estas horas.

—La fisonomía de Julian se alegró, pues deseaba siempre servir á Mendez.

—¿Sabes tú, por casualidad, en qué punto de las cercanías de Madrid se halla situada una casa conocida con el nombre de *Casa Blanca*?

—Con ese nombre hay muchas,—contestó Julian;—sobre todo para nosotros los hombres del campo, apenas vemos una blanqueada, le damos el nombre del color de sus paredes. Pero si usted me diera algunos pormenores...

—Yo solo sé que lo han encerrado en la *Casa Blanca*.

—¿Que lo han encerrado! ¿Y á quién, señor?

—¡Es verdad!... tú no sabes de lo que voy á hablaste. Vamos á ver si podemos entendernos. La casa que yo deseo encontrar debe hallarse en un puesto solitario.

Julian se cogió el labio inferior con el índice y el pulgar de la mano derecha y dijo como el hombre que procura recordar algo:

—¡En un punto solitario!...

—Sí, al menos así debo suponerlo, atendido el objeto á que la destinan.

—Pero dispense usted, señor Mendez, usted aun no me ha dicho el objeto á que se destina esa *Casa Blanca*. Yo conozco muchas.

—Me explicaré.

Y Mendez, acercando su silla á la de Julian, sacó la petaca, le dió un cigarro y dijo en voz muy baja:

—Hoy ha desaparecido un hombre de Madrid, ó por

mejor decir, lo han secuestrado con el intento de matarle.

Julian levantó la cabeza vivamente interesado.—

—Sí, de matarle, ó al menos eso debó suponer. Es un amigo mio, mas que un amigo, pues le quiero como á un padre. He procurado averiguar su paradero y solo he podido saber que se halla encerrado en la *Casa Blanca*. Es preciso, pues, que tú descubras dónde está esa casa.

Julian, despues de quedarse un momento pensativo, se dió una palmada en la frente y dijo:

—¡Oh! Me parece que encontraremos lo que usted busca.

—¡De veras!...—esclamó Mendez con alegría.

—¿Cuándo han secuestrado á ese hombre?

—Esta mañana, despues de las doce.

—¿Sabe usted si lo han sacado de Madrid en una berlina de alquiler?

—Es probable. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque he visto una berlina á eso de las dos de la tarde en un sitio donde no hay gran costumbre de verlas.

—¿Y dónde es eso?

—Por el camino del Canal, antes de llegar á las Cuevas de los Toriles.

—¿Y hay en ese sitio alguna finca llamada la *Casa Blanca*?

—Sí, y por cierto que aquellos sitios no son de los que mas confianza pueden inspirar á los que tienen la desgracia de pasar despues de las Oraciones.

—Escucha, Julian. Ya te he dicho que el hombre á quien busco es casi mi padre; sé que una persona poderosa trata de matarle porque posee un gran secreto; necesito, pues, que sin pérdida de tiempo me lledes á la *Casa Blanca*.

—Yo me libraré bastante de tal cosa,—contestó Julian.

—¡Cómo!

—Porque iré yo, y usted no hace maldita la falta. Además, la noche está oscura y el terreno es malo. Usted sería un entorpecimiento para mí. Yo veo de noche como las zorras. Déme usted las señas de ese caballero, pues no quiero perder el tiempo.

—Pero yo quiero acompañarte.

—Julian se sonrió.

—Un hombre solo para una comision en que puede correrse riesgo no me parece oportuno,—añadió Mendez.

—En primer lugar, yo no voy solo, pues llevo mi escopeta de dos cañones, mi cuchillo de monte y mis dos perros, y en segundo, que á donde yo me dirijo no ha de faltarme quien me ayude en caso necesario, y entonces ya se le pagará su trabajo.

—Toma, pues, algun dinero por si te hace falta.

—Nada necesito, señor Mendez, llevo en el bolsillo algun cuarto y me basta para echar un trago en el ventorro del tercer molino.

—Pero, ¿vas á pié?

—Tengo, como usted sabe, buenas piernas.

—Puedo dejarte mi jaca de campo.

—Un caballo tal vez me serviria de molestia. Además, á donde voy están acostumbrados á verme ir á pié; me conocen mucho. Yo tengo amigos por todas partes; pero no perdamos el tiempo. Déme usted las señas é indíqueme alguna particularidad del hombre que se desea encontrar y mañana antes de las ocho estaré de vuelta, y quién sabe si podré darle alguna buena noticia.

—Pues bien, dejo abandonado á tu inspiracion hasta mañana á las ocho este negocio, pero toma algun dinero, pues podria hacerte falta.

Y Mendez puso sobre la mesa algunas monedas de oro y plata, diciendo:

—El hombre que se desea encontrar es un anciano de mas de sesenta años, con el pelo y la barba blanca: se llama el doctor Samuel Fuentes y tiene como señas particulares una profunda cicatriz en la parte alta de la frente.

—Me basta con eso: ahora lo que falta es encontrarle, ó por mejor decir, saber á dónde para, que una vez conseguido, yo respondo á usted que aunque le guarden una docena de perros de presa, le sacaré y le llevaré á Madrid.

—¡Ah! ¡Si tú consiguieras eso!

—Allá lo veremos, pero el corazon me dice que no voy á perder la noche.

Julian se puso unos borceguíes con suela de alpargata, como si se tratara de cazar conejos, ó de andar sin hacer ruido. Cargó cuidadosamente la escopeta con bala, se puso los chismes, cogió el morral, llamó á los perros y dijo:

—Hasta mañana, señor Mendez.

—¿No te despides de tu mujer?—le preguntó el médico.

—¡Bah! La tengo acostumbrada á estas fugas repentinas. Mañana, cuando vea que no está ni la escopeta ni los perros en su sitio, dirá: «Julian se ha ido de caza,» y asunto concluido.

Mendez y Julian salieron, éste cerró la puerta, tiró la llave por debajo y dijo:

—Duerma usted tranquilo, que si la *Casa Blanca* que deseamos hallar es guarida de mal agüero, no ha de faltarme quien me dé noticias de ella, porque voy á un punto donde se reúne lo mas escogido de Ceuta y de Melilla.

—¿Quieres que te lleve hasta algun punto en mi coche?—le preguntó Mendez.

—No, no, es mejor que vaya á pié. No es camino de coche el que yo voy á llevar. Hasta mañana, señor Mendez.

—Que Dios te guíe, y habrás hecho una obra buena que yo sabré recompensarte.

Mendez entró en su coche y dijo al cochero:

—Á casa del conde de la Fé.

Julian se dirigió á la puerta de Toledo y tomó, á buen paso, por la ronda que conduce al paseo de las Delicias.

Sigámosle nosotros. No nos importe la oscuridad de la noche ni lo solitario del sitio. Julian es un buen guia, hombre sereno, y debe inspirarnos confianza.

Además, ¿qué miedo debe inspirarle á un cazador de oficio la soledad del campo y el silencio de la noche? Ninguno.

Julian marchaba con paso firme y la escopeta al hombro, y como tenia el don de ver en la oscuridad, para él el camino no tenia tropiezos. Sin embargo, Julian tuvo buen cuidado, cuando terminó el paseo de las Delicias, ó de los desesperados, puesto que por él se dirigian al Canal los que abrigaban una idea suicida en la mente, de no internarse en el espeso arbolado, sino seguir vadeando las orillas.

De este modo tenia mas campo delante para librarse de una emboscada, aunque, en honor de la verdad, no le preocupaba gran cosa.

Julian se decia hablando consigo mismo:

—La *Casa Blanca* del Canal está situada entre el segundo y tercer molino. Debo, pues, dirigirme al ventorro de la segunda esclusa: allí podrán darme algunos indicios. Además, allí debo encontrar algun prójimo de esos que lo mismo sirven para un fregado que para un barrido, y si efectivamente se afirman mis sospechas, buscaremos el modo de introducirnos en la casa.

Julian hacia marchar delante á la perra Diana y al perro Sol detrás: de este modo tenia su avanzada y su retirada cubierta; estaba tranquilo.

Los perros de Julian estaban tan acostumbrados á estas caminatas nocturnas, que no se separaban de su amo diez ó doce pasos.

De pronto Diana gruñó bajo, volviendo la cabeza

hacia Madrid, y el cazador la suya hacia el punto donde se dirigia el hocico de su perra.

Sol hizo duo al gruñido de su compañera, disponiéndose á ladrar, cuando Julian creyó oir á lo lejos pisadas de caballo.

Fijó la atencion, y convencido de que no se engañaba, llamó á los perros y les hizo callar.

Despues se echó boca abajo á la entrada de la arboleda que se hallaba junto al camino.

Trascurrieron algunos segundos: Julian no tuvo duda alguna de que eran dos los caballos que al trote se dirigian hacia el sitio donde él se encontraba.

Temiendo, sin duda, que los perros ladraran viendo pasar á los caballos, los sujetó á su lado, amenazándoles con la mano.

Poco despues, á pesar de la oscuridad de la noche, Julian pudo ver dos jinetes que juzgó serian gente del campo, tal vez matuteros, á juzgar por los capotes de paño burdo con que se resguardaban del relente de la noche.

Pero por una palabra que llegó á sus oidos se persuadió de lo contrario.

Cuando los dos jinetes pasaron á pocos pasos de distancia del sitio donde él se encontraba, oyó lo siguiente:

—¿Falta mucho?

—Escasamente un cuarto de hora. Si quiere V. E., pondremos los caballos al paso, porque vamos á dejar el camino.

—Bien.

Julian no pudo ver el rostro á los nocturnos jinetes, pero el tratamiento de V. E. que el uno habia dado al otro le hizo comprender que no eran matuteros.

El cazador se propuso seguirlos: los veia alejarse al paso por una vereda que conducia, bordeando los cerros, á Los Toriles.

—Puesto que llevan el mismo camino que yo, procuraré no perderlos de vista.

Y volviéndose á los perros, añadió en voz baja, pero de mando:

—Detrás y silencio.

Julian desde este momento se convirtió en la sombra de los dos jinetes, pero seria difícil describir las precauciones que tomaba para que no le vieran.

Mas que un hombre, parecia un zorro cuando se dedica á cazar durante la noche.

Buscaba siempre un objeto donde ocultar su cuerpo, y los perros, como si se hallaran dotados de la inteligencia humana, hacian todas las mismas evoluciones que su amo, pero á doce pasos de distancia de él.

Poco antes de llegar á la tercera esclusa del Canal, los dos jinetes torcieron á la izquierda.

—¡Ah!—se dijo para sí Julian,—creo que esos señores se dirigen á la *Casa Blanca* y me parece que no voy á perder la noche.

Por la parte donde caminaban los caballos, el terreno es mas escueto, mas pelada la arboleda, y los juncos se quedaban á la derecha. Julian, sin embargo,

siguió el mismo camino, medio oculto por el profundo surco de una cocera que servia de desahogo á las aguas llovidas del cielo.

Aquella cocera iba á desaguar en el rio. Los cardos y las mielgas crecian en verano, los berros en invierno. Estaba húmeda y algunos trozos llenos de barrizal.

Pero, ¿qué le importaba el barro á un hombre como el cazador Julian *el Alimañero*? Nada absolutamente.

¡Cuántas veces en los rigurosos dias de Febrero habia pasado horas y horas metido en las charcas de Torrejon, de Velasco y de Guaro con el agua á la rodilla, matando becasinos! ¡Cuántas noches habia pasado tendido sobre las húmedas orillas de los rios, esperando á los gansos y los ánades!

¿Qué le importaba, tratándose de prestar un servicio al doctor Mendez, al salvador de su hija, á su bienhechor, mojarse un poco los piés?

Además, estaba casi seguro de que aquella marcha no seria larga, y efectivamente, apenas duró veinte minutos.

Julian se detuvo, porque tambien se detuvieron los jinetes que caminaban delante de él.

Entonces se ocultó perfectamente en la cocera, asomando los ojos por el borde del ribazo.

La *Casa Blanca* se destacaba entre la oscuridad de la noche como á unos noventa pasos del sitio donde se hallaba Julian.

Delante de la puerta se detuvieron los dos jinetes. *El Alimañero* oyó perfectamente un silbido rápido,

corto, y luego tres golpes dados sobre la puerta con un objeto duro.

La puerta se abrió para dar paso á los jinetes y volvió á cerrarse inmediatamente.

Julian dejó trascurrir algunos segundos y luego se incorporó.

—Bueno, ya sabemos algo,—se dijo;—han entrado en la *Casa Blanca* dos personas, una de ellas debe ser algun pájaro gordo, pues la otra le da el tratamiento de V. E. Si fuera el de V. S., no me causaría estrañeza, porque muchos guardas de campo lo emplean en vez del usted para dirigir la palabra á los señores.

Julian se quedó un momento pensativo, como si dudara sobre el partido que debia tomar.

Por una parte queria llegarse hasta el ventorro del tercer molino, que estaba inmediato, por otra creia conveniente permanecer en aquel sitio hasta que salieran los dos personajes que acababan de entrar en la *Casa Blanca*.

El Alimañero, despues de algunos momentos de vacilacion, adoptó el segundo pensamiento, y buscando un sitio á propósito, tendió el capote y se tumbó sobre él con los perros al lado.

—Desde aquí,—se dijo,—les veré salir perfectamente, y como me seria dificil seguirles, porque es indudable que regresen á Madrid á buen paso, entonces iré al ventorro á adquirir alguna noticia.

Dejemos á Julian en acecho y penetremos nosotros en la *Casa Blanca*.

CAPÍTULO XVII.

Una conciencia tranquila y un corazon sereno.

Cuando los dos jinetes llegaron delante de la puerta de la *Casa Blanca*, uno de ellos, mientras el otro llamaba, sacó del bolsillo un antifaz negro y se lo puso: éste era el general Lostan; su compañero, Bonifacio el de Horche.

Se abrió la puerta y entraron en la casa.

Los dos jinetes echaron pié á tierra, y el hombre que les habia abierto la puerta, y que sin duda les esperaba, dijo:

—¿Se desensillan los caballos?

—No, pues no tardaremos mucho en marcharnos,—contestó el general.

Y luego, dirigiendo la palabra á Bonifacio, añadió:

—Guíame á la habitacion del preso.

—Un momento, caballero,—dijo el guardian, que era un hombre entrado en años, de toscas y duras facciones.

—¿Qué ocurre?

—Yo tengo la orden de obedecer al que está arriba, pero á usted no le conozco. Si he abierto la puerta es porque se me ha hecho la señal convenida. Necesito, pues, que baje el que está arriba y me diga...

—Bien,—contestó el general.—Llámale, Bonifacio.

Bonifacio desapareció por una escalera y volvió al poco rato acompañado de Santiago, que tambien llevaba el rostro cubierto.

Santiago habló algunas palabras con el guardian, y éste no tuvo ya ningun inconveniente en que pasara el general.

—Quédate tú al cuidado de los caballos,—dijo don Pedro á Bonifacio.

Y siguiendo á Santiago, subió algunos escalones, deteniéndose delante de una puerta que estaba al final de un corredor.

El general y Santiago entraron en una sala bastante espaciosa.

—¿Dónde está ese hombre?—preguntó don Pedro.

Santiago, señalando un gran armario que cubria todo el lienzo de pared que enfrentaba con la puerta, dijo:

—Allí.

—¿En el armario?

—Sí, pero dentro del armario hay una puerta que da paso á la habitacion del doctor.

El general reconoció con una mirada el sitio donde se encontraba.

—Esta es mi sala y mi dormitorio,—añadió Santiago.—Desde aquí puedo ver todo lo que hace nuestro prisionero. Si V. E. quiere, con subir sobre ese sofá y descolgar ese pequeño cuadro, podrá ver...

El general hizo lo que acababa de indicarle Santiago. Subió sobre el sofá, levantó el cuadro y miró.

—No veo nada,—dijo despues de una corta pausa.

—Estará en la cama.

—Sí... efectivamente,—añadió el general,—creo que está acostado.

Y bajando del sofá, repuso con admiracion:

—¿Y duerme ese hombre?...

—Profundamente. Con ese sueño tranquilo del justo, con la calma del que nada teme.

El general suspiró, se pasó la mano por la frente, y sentándose en una silla, dijo:

—¡Dichoso él!

Luego guardó silencio por algunos segundos.

Santiago, de pié, inmóvil delante del general, parecia esperar sus órdenes.

—El doctor Samuel,—dijo Santiago, cansado sin duda del silencio de su amo,—es un hombre de corazon sereno, que no se conmueve ni ante los halagos ni ante las amenazas. Nada le altera. Se halla tan tranquilo como si no corriera el menor peligro. He escrito á V. E. porque necesitaba consultarle qué partido debo tomar.

Y como el general continuara callado, Santiago volvió á decir:

—Estoy dispuesto á obedecer las órdenes de V. E., pero si se me permite dar mi parecer...

—Habla,—contestó secamente el general.

—Pues bien, creo que seria un crimen inútil matar á ese hombre.

—¡Pero si se le deja vivir, puede perderme!

Santiago se sonrió tristemente y dijo:

—Es cierto, porque ese hombre lo sabe todo... pero tambien sospecho que, temiendo lo que le iba á suceder, ha confiado su secreto á otro.

—¿Y no has podido averiguar quién es esa persona?

—No, pues de lo contrario lo hubiera participado á V. E.

—Pues bien, yo sospecho quién es.

—Tanto mejor. Á mí me gusta conocer á los enemigos.

—El doctor Mendez.

—¡Diantre!

Santiago agitó la cabeza en señal de disgusto.

—Tambien sospecho en el conde de la Fé.

—Malos enemigos vamos conquistándonos, señor.

El general hizo un gesto de rabia.

—Yo los estermínaré,—murmuró en voz baja.—¿Crees tú que ha de faltarme valor para ello?

Santiago calló.

—¡Por qué guardas silencio! ¿No piensas como yo?

—Si el señor me autoriza para que discutamos...

—Sí, habla. ¿Á qué he venido yo á esta casa?... Tú sabes el interés que tengo en verme libre de este mal-

dito negocio. ¡Ah! si tu mano no hubiera temblado, otra seria mi situacion.

—Es verdad, señor, no quiero disculparme. Aquella noche cometí una imprudencia, pero, ¿quién podia pensar que no estaba muerto? Yo disparé el arma sobre la frente á boca de jarro.

—Sí, sí, bien... no hablemos mas del pasado. Hablemos, pues, del presente, ó por mejor decir, condúceme á la habitacion de ese hombre, quiero interrogarle por mí mismo. Tal vez yo sea mas afortunado que tú para convencerle, y de ese modo nos evitamos...

—Cuando V. E. guste,—contestó Santiago.

—Ábreme paso.

Santiago abrió el armario, tocó un resorte del fondo del mueble y quedó franca en la pared una comunicacion que conducia á la habitacion del doctor.

La sala que ya conocen nuestros lectores se hallaba alumbrada por la luz de una lámpara que pendia del techo.

Reinaba allí el mas profundo silencio.

Santiago condujo al general hasta el pié de la cama en donde dormia Samuel, y estendiendo el brazo, dijo en voz baja:

—El sueño del justo.

Don Pedro dirigió una mirada de reconvencion á su ayuda de cámara y contestó:

—Vete y espera cerca de la puerta.

El general se quedó solo con el doctor Samuel.

El pobre anciano dormia dulcemente: su respiracion

pausada, la posición natural de sus labios, un tanto entreabiertos, demostraban que el doctor se hallaba disfrutando uno de esos sueños reparadores que solo disfrutaban aquellos que no han conocido jamás las inquietudes de los remordimientos.

Don Pedro permaneció inmóvil junto á la cama de Samuel, contemplándole tal vez con envidia.

Aquel hombre ambicioso, que tantas veces habia sacrificado su felicidad y la calma de su espíritu por subir un escalon mas de las gradas sociales que conducen á la opulencia; aquel hombre que tanto se habia afanado en colgar sobre su pecho condecoraciones que no podian acallar los latidos de su corazon; aquel hombre que ahogaba la voz de la naturaleza y vivia engañando á la sociedad y atormentándose á sí mismo; aquel hombre, en fin, para quien las noches eran eternas y dolorosas, y los dias tristes y amenazadores, ¿qué extraño era que envidiara el sueño de un justo?

En aquella habitacion solitaria se encontraban la víctima y el verdugo; pero, cosa estraña, la víctima dormia tranquilamente, sin ocuparse del puñal que amenazaba sacrificarle, mientras que el verdugo, trémulo, intranquilo, con la mirada fosca y la frente pálida, no se atrevia á avanzar un solo paso y contenia la respiracion, temeroso de turbar el sueño al mismo que amenazaba ó deseaba esterminar.

Y era esto, sin duda, que hay algo dentro del hombre que no pertenece á la tierra; que ese espíritu que llaman alma, y cuyo sitio preferente no ha podido en-

contrar el escalpelo del mas famoso disecador, toma una parte grande en las buenas y malas acciones de la criatura.

No siendo esto, ¿por qué temblaba el general Lostan? ¿Por qué estaba tranquilo el doctor Samuel?

El noble anciano dormia, sin que en su venerable frente apareciese el menor signo ni de la inquietud ni del miedo. En su rostro, lleno de bondad y nobleza, habia algo de respetable que confundia, que aplanaba, por decirlo así, al marqués del Radio, al orgulloso general Lostan.

Trascurrieron algunos minutos sin que don Pedro se decidiera á despertar á Samuel: tal vez temia las palabras de desprecio ó de reconvencion que podia dirigirle.

Pero aquella inmovilidad, aquella vacilacion no podia ser duradera: el general hizo un esfuerzo, y arrancándose á sí mismo del mutismo en que la tranquilidad del anciano le tenia sumido, levantó la frente, aspiró con fuerza, y avanzando dos pasos, estendió la mano hasta dejarla caer sobre la cabeza de Samuel.

Al tocar aquellas venerables canas, el general no pudo menos de estremecerse, pero tenia el rostro cubierto, y cuando el doctor abrió los ojos, solo vió junto á su lecho un hombre con la cara tapada con un inmutable antifaz.

La mirada que el doctor fijó en el general era tan serena, tan tranquila como su sueño.

—¿Por qué interrumpe usted mi sueño?...—le preguntó.—¿Tiene usted la comision de matarme ó de

atormentarme? En ese caso le prevengo que me seria mas agradable lo primero. La muerte es un instante, y quién sabe si es, además, el principio de la vida.

—He interrumpido el sueño de usted, caballero...— contestó el general con acento trémulo,—porque así conviene á sus intereses...

—¡Ah!—esclamó Samuel, á quien habia estrañado la voz del que le dirigia la palabra.—¡Usted no es mi guardian!... Le conozco perfectamente; el eco de su voz quedó completamente grabado en mi memoria desde aquella noche que trató de asesinarme; fué una verdadera desgracia el que la bala se deslizara algunas líneas, porque de lo contrario hoy no existiria.

Y Samuel, diciendo esto, bajó de la cama y fué á sentarse en el sofá.

El general acercó una silla al sitio donde se hallaba el médico y se sentó tambien.

—¿Dice usted que tenemos que hablar de un asunto que interesa al general Lostan?—preguntó el médico.

—No he dicho eso,—contestó algo desorientado don Pedro.

—Sí, sí, ya sé que no ha dicho usted esas mismas palabras,—repuso el doctor,—pero no siempre lo que se desea se pide con las palabras que tiene consignadas el Diccionario para ello; porque de sobra sé yo que al general Lostan le importa poco que yo me salve ó me condene. Pero debo inspirarle un gran interés cuando se toma la molestia de venir á visitarme á este sitio solitario y á una hora tan avanzada de la noche.

—¿Me toma usted á mí por el general Lostan?

—Al menos lo he sospechado.

Don Pedro hizo un esfuerzo para reirse y añadió:

—¿Conoce usted al general?

—No he tenido la desgracia de verle nunca.

—¡La desgracia!

—Sí, porque me hubiera inspirado repugnancia su presencia.

Y como el general hiciera un movimiento bastante brusco, el doctor añadió:

—Nunca he visto un villano mas villano ni mas lleno de condecoraciones que el marqués del Radio. ¡Oh! tengo la seguridad de que siempre que el noble marqués se vea en la precision de pronunciar las palabras «honor, probidad, nobleza, buenos sentimientos, cariño paternal, etc., etc.,» se ruborizará su alma, si es que la tiene, y se estremecerá su corazon, si aun existe dentro de su pecho y siente un poco de vergüenza.

Mientras el doctor pronunciaba estas palabras con gran calma, tenia los ojos fijos en el general, que apenas podia contener la agitacion nerviosa que estremecia su cuerpo.

—Por lo mismo, caballero, yo le suplico que no se quite el antifaz, porque tengo mis sospechas de que estoy hablando con el padre desnaturalizado de Daniel, y seria para mí una desgracia conocerle, aunque no fuera mas que como familiarmente se dice, de vista, porque por sus hechos le conozco bastante.

—¿Y qué razones tiene usted para creermelo el ge-

neral Lostan?—preguntó don Pedro algo aturdido.

—Voy á dárselas á usted, caballero: en primer lugar, usted no es ni Bonifacio, el que me sirvió durante mi larga convalecencia, ni el que disparó su arma sobre mi frente. En segundo lugar, porque cuando usted viene á hablarme de ese secreto que tanto importa al general que nadie sepa, y no es ninguno de sus cómplices, creo que tengo motivos para creer que sea usted el mas interesado en el asunto: y últimamente, porque las justas reconvencciones que acabo de dedicarle al marqués del Radio, han causado á usted un vivo estremecimiento. Si esto no fuera bastante, denunciarían al verdugo de Ángela esos botones de brillantes que relucen por la mal cerrada pechera de su capote de monte y los guantes de piel de Suecia que calzan esas manos. ¡Oh! los asesinos no se han gastado dinero nunca en casa de Dubas.

—Usted me dispensará si le digo que la última apreciacion no es de fuerza.

—¿Cuál, caballero?

—La de los guantes. Muchos asesinos los han usado.

—¡Bah! esos asesinos eran mas dignos de clemencia que el general Lostan, porque asesinaban por su cuenta, y el marqués del Radio, segun parece, ha tenido miedo y ha pagado el brazo matador. Los brazos que se venden no gastan guantes.

Samuel le atajaba por todas partes; el general se hallaba violento y quiso entrar de lleno en la cuestion.

—Doctor Samuel,—le dijo procurando dar á su acento alguna energía,—dejando aparte las deducciones mas

REPUBLICA DE CHILE

LA

FABULAS DE ESOPPO

TRADUCCION DE DON JUAN DE LOS RIOS

CON UN PREFACIO DE DON JUAN DE LOS RIOS

EDITADO POR DON JUAN DE LOS RIOS

POR EDUARDO DE MIR

EN LA BIBLIOTECA

La Biblioteca de la Universidad de Chile, fundada en 1822, es una de las más antiguas y ricas de América Latina. Su colección de libros, que incluye obras de autores chilenos y extranjeros, es una de las más importantes del continente. La biblioteca ha sido objeto de numerosas reformas y mejoras, lo que ha permitido su crecimiento y el acceso a la comunidad académica y al público en general.

LA CARICALADA

EN LA BIBLIOTECA

EN LA BIBLIOTECA

LA BIBLIOTECA

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas, en fôleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

A UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^ª